

**Pedro Abelardo. *Ética o Conócete a ti mismo*. Introducción, traducción y notas de Natalia Jakubecki. Buenos Aires: Ediciones Winograd, 2023. 336 p. ISBN: 9789874472212. Paperback: ARS 20000**

Reseñado por VICTORIA L. VALDEZ  
 Universidad de Buenos Aires  
 victoriavaldez@uba.ar

En la década del 1130, una vez más bajo el cielo parisino del monte Sainte Geneviève, Pedro Abelardo se dispuso a escribir la *Ética*. Estando en su madurez de edad, el autor consolidó en una obra las discusiones que se daban en la época en torno a la moral. Fue su ímpetu por enfrentar este mundo –su mundo– de cambios e injusticias lo que lo llevó a proponer una nueva teoría sobre el pecado, de una forma tan estructurada como no se había visto antes en la Edad Media.

Al ser una de las obras de filosofía moral más resonantes del Medioevo, la *Ética* presenta diversas traducciones, por mencionar algunas de las más notables: la francesa por Maurice de Gandillac (1945), a quien ha sido dedicada la presente versión; luego la edición y traducción inglesa por David Luscombe (1971); y dos traducciones hispanoamericanas: una realizada por Ángel Cappelletti (1971) y la otra por Pedro Santidrián (1997). Ahora bien, la reciente traducción castellana ejecutada por Natalia Jakubecki es la primera elaborada a partir de la edición crítica de Raigner Ilgner (2001). Como novedad para esta lengua agrega un largo pasaje hacia el final del Libro I que las anteriores no tienen, y que en esta nueva versión –que sigue otra división de capítulos– se encuentra comprendido entre los capítulos 80-83, y el pasaje completo del Libro II dedicado a la virtud. Esta nueva versión, que tiene por objetivo su uso académico, mantiene la traducción confrontada con su versión latina. Además, para cotejar los pasajes con mayor facilidad, la autora se tomó el trabajo de conservar la numeración de párrafos de la edición crítica y señalar entre rayas verticales la división de capítulos correspondiente al resto de ediciones. Como expresa la autora, la traducción, por su parte, intenta ser fiel a la lengua latina y respetar el lenguaje técnico, sin olvidar que la lengua de destino es la castellana y no un híbrido (p. 64). Como es habitual en las colecciones de Ediciones Winograd, este ejemplar cuenta, también, con un gran Estudio Preliminar del que hablaremos a continuación, y un aparato de notas que ayudan a profundizar en la investigación.

El Estudio Preliminar da cuenta de la erudición de la autora y de su claridad a la hora de exponer un tema trabajado durante años. Los trabajos de John Marenbon, Luis Bacigalupo, Régine Pernoud, Marie-Dominique Chenu, Christophe Grellard, Étienne Gilson, entre otros, citados en este Estudio, dejan entrever la extensa tradición de lectura y hermenéutica sobre los escritos de Abelardo, además de facilitar el acceso a un material bibliográfico indispensable para los estudiosos de la Edad Media. Por lo pronto, la primera parte (pp. 15-40) permite involucrarse con la apasionante vida del filósofo.

Resulta difícil seleccionar qué hechos mencionar, pues parecen tantas las empresas que ha vivido que su vida se torna múltiple, pero sabemos que “no ha vivido más que una sola vida” (p. 15). Pasando por sus años de formación, sus comienzos como maestro y su producción prolifera, el recorrido que se observa en este primer apartado resulta prolijo y ordenado en comparación de las idas y venidas caóticas de Abelardo. El *Magister* no solo se dedicó a enseñar y a relacionarse con los maestros de mayor renombre, también se enamoró y temió por su vida.

En la segunda parte del Estudio (pp. 41-63) se presenta el contexto de producción de la obra y luego su contenido doctrinal. La teoría no podría comprenderse del todo si no tuviéramos un vistazo del renacimiento del siglo XII. La preocupación y la reflexión sobre las costumbres y las cuestiones de índole moral no tardaron en llegar a los pensadores, es por esto que la obra “fue escrita en un momento de marcado interés por la vida interior” (p. 46), y es aquí donde resuena el segundo título del libro: *Scito te ipsum*, o como Ilgner señala que en realidad fue: *Ethica nostra* (p. 92).

Ya de cara al texto traducido, la autora realiza un loable análisis de la doctrina del *Magister*, permitiendo una sistematización del libro para aquellos que están haciendo un primer acercamiento. En el Libro I (cap. 1-50), Abelardo se dedica a definir qué es el pecado, divide los tipos, junto con sus acepciones y efectos, y lo diferencia de las instancias que se consideraban pecado anteriormente, como el vicio, la mala voluntad y las acciones exteriores. Esto no quiere decir que el vicio no tenga nada que ver con el pecado, la diferencia estará en que el pecado no radica en el vicio, pero el vicio nos inclina a pecar, por lo cual, será doblemente necesario. Por un lado, en un sentido antropológico, porque esta concupiscencia forma parte de nosotros, y en este caso es algo inevitable. Y lo inevitable nunca será considerado como pecado, sino se podría pensar que el creador nos ha hecho de tal manera que no podamos evitar pecar. Por el otro, en un sentido pragmático, porque los vicios nos ofrecen un motivo de lucha para merecer la recompensa de la vida eterna (p. 50). Entonces, pecamos cuando consentimos, o no se deja de consentir, en aquello que se cree ilícito, y en ese consentir estamos generando un desprecio hacia Dios. Tal como lo señala la autora, el pecado en sentido propio será no prestar consentimiento a nuestra conciencia de la voluntad de Dios; mientras que el pecado en sentido amplio, aun sin ser estrictamente un desprecio de Dios, impide la salvación. Estas acciones inconvenientes, sea por ignorancia, negligencia u olvido, derivan en un descuido de Dios (pp. 57-58). La autora concluye que en la ética de Abelardo, “no es, por tanto, la acción, sino la intención lo que distingue entre buenos y malos” (p. 53), pues cuando hay intención es porque estamos dispuestos a llevar a cabo lo que sea. Pero no es solamente en la interioridad donde se agota la doctrina del *Magister*. Intentando salvar la mención a los planos “objetivo/subjetivo”, Jakubecki propone reemplazarlo por “intra/extra anímico” (p. 55). Por lo cual, para validar nuestras intenciones, debemos referirnos a una norma externa, que será la voluntad divina, junto con una norma interna, que es el conjunto de mis creencias. No obstante, la cuestión aún no queda del todo saldada.

La segunda mitad del Libro I (cap. 51-83), siguiendo su tradición más religiosa y no tan filosófica, Abelardo se centra en los modos en que el ser humano se puede reconciliar con Dios a causa de haber herido el alma a través del pecado. Las tres instancias, deudoras del régimen eclesiástico y de la penitencia de su época, son: el arrepentimiento, la confesión y la reparación. De ellas, solo con el arrepentimiento “fructífero” se subsanan las faltas cometidas. Las demás instancias, consideradas como externas, dependen de ese arrepentimiento que se da en el interior del alma y del conocimiento que se tenga de sí. Abelardo comprendió que la confesión y la reparación, en vez de tener como objetivo el remedio del alma, le otorgaban un enorme poder a la iglesia, siendo una mediación obligatoria para el perdón, y limitaban la consciencia individual y el acercamiento directo a Él (pp. 58-61).

El Libro II (cap. 1-4) ha llegado incompleto, aunque esto no le quita importancia, por el contrario, según la autora, vuelve comprensible el plan de la obra en su totalidad (pp. 47-48). En estos brevísimos capítulos las virtudes –o la virtud, porque sólo llega a hacer referencia a la prudencia, la madre de las virtudes– están calificadas como *habitus*, remitiendo a la tradición aristotélico-boeciana, lo que denota que una vez adquirido el hábito de la virtud gracias a la práctica “es tan difícil de cambiar que se lo puede considerar como segunda naturaleza” (p. 63).

Dando por finalizada la lectura de la *Ética*, se puede apreciar la importancia que tiene el conocimiento de sí y la relación directa con Dios en la doctrina del filósofo. En última instancia, puede que no estemos anoticiados o que seamos *stulti* por naturaleza, de igual manera contamos con nuestros contenidos de conciencia, y los únicos que somos capaces de juzgarlos somos nosotros y Dios.

A los méritos de esta nueva y precisa versión castellana debe agregarse el del trabajo editorial, que puso a disposición del lector una excelente publicación para todo aquel que se interese en la filosofía medieval. De esta forma, Ediciones Winograd añade un libro más a su notable colección de fuentes clásicas, medievales y renacentistas.